

habia pasado, respondió: Que desde sus tiernos años habia pedido constantemente al Señor le concediese sentir alguno de sus dolores, y que le habia concedido la gracia de experimentar la agudeza de las espinas que habian traspasado su santísima cabeza.

SENTENCIA.

MÍRAME LLAGADO POR TÍ, MIRA
MI SANGRE Y SÍGUEME. *S. Jh. E.*

c.

JACULATORIAS.

**¡O cruz, que inflamas el corazón
mas frío, enciende el mío!**

¡Concedednos, Señor, andar el doloroso camino de vuestra santísima Pasion!



TERCERA ESTACION.

PRIMERA CAÍDA.

Contempla, alma mia, en esta tercera estacion, como es el lugar donde cayó el Señor la primera vez con la santa Cruz, así por su mucha flaqueza, como por la fiereza con que los impíos ministros, desnudos de toda humana compasion, tiraban de las

sogas á un tiempo mismo, unos para adelante por apresurar el paso, y otros para atrás para mas atormentar al divino Salvador.

OFRECIMIENTO.

¡O benignísimo Jesus! Que sufriste la desmesura con que tus enemigos te llevaban de tropel, y que siendo animado cielo te hiciesen caer en tierra con la santa Cruz; suplicote, dulcísimo Redentor mio, que sufra yo la persecucion de mis enemigos con resignada voluntad, y que

camine fervoroso con la Cruz de la negacion de mis pasiones para acompañarte en los contentos eternos. Amen.

EJEMPLO.

Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit. Math. 6.

Allí donde está tu tesoro, allí está tambien tu corazon.

Los hombres del mundo siempre atesoran para sí y guardan sus tesoros en donde el orin y la polilla los consume, y en donde los ladrones los desentierran y roban; pero no lo hacen así los que aman á Jesucristo, que po-

nen todos sus tesoros en el cielo, en donde el orin y la polilla no los pueden consumir, ni los ladrones los pueden desenterrar y robar: y así como el corazon de los del mundo se encuentra en el arca en que tienen guardados sus tesoros, así el corazon de los que aman á Jesucristo no se encuentra sino en el mismo Jesucristo, ó á Jesucristo dentro de su corazon. En el de S. Ignacio Mártir se encontró escrito el nombre de Jesus; en el de santa Gertrudis al mismo Jesucristo y á los pies de Jesucristo se ha encontrado

á muchos que ya no vivian sino para Jesucristo, como lo testifica el caso mui edificante que refiere el P. Barrios. Murió un sacerdote que cuando vivia acostumbraba encerrarse dentro de las llagas de Jesucristo: sus delicias eran ponerse en oracion delante de él, y allí, entrándose en las llagas de sus santísimos pies, tenia mui largos y dulces coloquios con su Señor. Despues de muerto le descubrieron el pecho, acaso para lavar el cuerpo, como era costumbre, y no sin admiracion advirtieron que le faltaba el cora-

zon; quedaron atónitos los circunstantes; pero reflexionando en lo que habia sido éste sacerdote; cuales habian sido sus delicias, cuando vivia, se fueron á la imagen de Jesucristo delante de quien continuamente estaba prostrado, y allí donde estaba su tesoro encontraron tambien su corazon. Bien convenia que en aquellas hermosísimas cavernas en donde siempre vivió encontrase su sepultura y que como el fénix multiplicase sus dias. ¿Y en donde, ó cristiano, está tu corazon? ¿En éstas sagradas fuentes, ó en las cisternas de Egipto?

GRACIA.

S. Felipe Benicio, singularmente devoto de la Pasion y que en vida recibió mui señalados favores de Jesucristo crucificado, en su muerte los recibió mui extraordinarios. Estando en los últimos momentos de su vida, fijos los ojos en el cielo como si estuviera en grande éxtasis, los volvió hácia los que le rodeaban y díjoles:—“Dadme mi libro:”—En el acto los que le asistian le presentaron ya un libro, ya otro; pero desechándolos todos,

repetió:—Dadme mi libro; éste solo deseo y no quiero otro. No entendian los religiosos de qué libro hablaba, hasta que Fr. Ubaldo advirtió que el santo tenía los ojos fijos en el Crucifijo, y luego lo tomó y se lo puso en las manos, y recibéndole lleno de alegría le estrechaba amorosamente en su seno diciendo:— ¡Este si es mi libro!—Y diciendo lo mejor que pudo el cántico "*Bendito sea el Dios de Israel*" luego el salmo. "*En tí Señor esperé:*" al llegar á aquellas palabras "*En tus manos encomiendo mi espíritu*" felizmente espi-

ró, entre los cánticos de los Ángeles que á coros decian "*Alégrate, siervo bueno y fiel.*" Es ciertamente un libro lleno de sabiduría Jesucristo crucificado, en el que leyendo y meditando se aprenden todas las virtudes: en él, decia S. Agustin, leerá el moribundo el amor que Jesus nos ha tenido y se moverá á dolor de sus pecados; á tener confianza en quien tanto ha padecido; á amar á un tan grande bienechor, y á tener paciencia en la enfermedad recordando sus padecimientos. Lo mirará el moribundo y sentirá una voz

que le dice: "*Mírame y te salvarás.*"

SENTENCIA.

VERDADERAMENTE LAS LLAGAS DE JESUCRISTO SON EL LIBRO DE LA VIDA. *Blos. c. 19 de pass.*

JACULATORIAS.

Dirijeme, ó Señor, al lugar á donde camina Jesus!

Señor mio Jesucristo crucificado, hazme semejante á tí!



CUARTA ESTACION.

ENCUENTRO DE MARÍA SANTÍSIMA.

Contempla, alma mia, en ésta cuarta estacion, como es el lugar donde la dolorosísima Madre encontró á su Hijo dulcísimo y se vieron cara á cara, Hijo y Madre, renovándose recíprocamente el dolor que cada uno padecía, y con ésta amorosísima pena habló la afligida Señora á su Hijo unigénito y le dijo en su interior: *Hijo mio y Dios eterno, lumbre de mis ojos y*

vida de mi alma: recibid, Señor, el sacrificio doloroso de que no puedo aliviáros el peso de la Cruz y llevarla yo, que soi hija de Adán, para morir en ella por vuestro amor como vos quereis morir por la ardentísima caridad del linage humano. Y otras tiernísimas y amorosísimas razones como quien conocia su inocentísima vida y su mal pagado amor.

OFRECIMIENTO.

¡O Madre de Dios! ¡O afligidísima Señora! Por el doloroso cuchillo que traspasó tu columbino co-

razon, cuando viste á tu mui amado Hijo oprimido con el grave peso de la Cruz y hecho oprobio de los hombres; te suplico me hagas participante de tus dolores y de los de mi Redentor, para conocer con ellos los efectos lastimosos de que fueron causa mis culpas, y que éste conocimiento me escite á amargo llanto de ellas, con que merezca el perdón y despues de ésta vida sea admitido en la patria de la gloria. Amen

EJEMPLO.

Ego enim stigmata Domini Jesu in corpore

meo porto. Divi Pauli ad Gal. cap. 6.

Yo llevo en mi cuerpo las llagas de mi Señor Jesucristo.

Por todos los siglos será célebre el señalado favor que el Señor hizo al seráfico padre S. Francisco para inflamar nuestros corazones en el amor divino y para avivar mas en nuestro entendimiento la memoria de su Pasion, sino del todo olvidada, á lo menos mui resfriada, cuando imprimió en el cuerpo del santo aquella amorosa imágen, que por primera vez apareció en el Calvario, la de sus llagas sacrosantas. Dos años ántes de su muerte estaba S. Francisco en el famoso mon-

te Alverne, émulo glorioso del Calvario, en que Dios tuvo la complacencia de habitar de un modo singular, para obrar las mismas maravillas que ya habia obrado en el otro. Ayunaba S. Francisco en honor de S. Miguel arcángel y meditaba con gran fervor en la Pasion de su amado Jesucristo, cuando una mañana cerca de la fiesta de la exaltacion de la santa Cruz, vió que á un lado de la montaña bajaba del cielo un serafin con sus alas luminosas, encendidas y de tal manera dispuestas, que formaban una cruz, y acercándose á

él le imprimió las llagas. Desapareció la vision; y Francisco atónito, lleno de dulzura y de amargura á la vez por la compasion á su Señor crucificado, apareció llagado en las manos, en los pies, en el costado y tan semejante á Jesucristo, que quitándole el hábito á Francisco y poniéndoselo á Jesucristo, Francisco parecía Jesucristo y Jesucristo Francisco. ¿Qué maravilla és, pues, que en todo el mundo sea conocido Francisco?

GRACIA.

El P. Juan de Avila, hombre mui apostólico, grande maestro de espíritu y mui tierno devoto de la Pasion, pasaba las noches del juéves y viérnes de la semana en vela meditando los acerbísimos dolores de Jesucristo ya cuando fué azotado, ya cuando fué coronado de espinas ó ya cuando fué crucificado; experimentaba tantos consuelos en ésta dolorosísima meditacion, que no contento con gozar él solo éstas dulzuras, quiso hacer parti-

cipantes de ellas á sus hijos de espíritu infundiéndoles una devocion mui particular á Jesucristo crucificado. Se complació mucho el amorosísimo Jesus en éste empeño, y le concedió que una de sus hijas aprovechase tanto en ésta devocion de la Pasion, que mereció tener en una mano, por ocho dias, una llaga y sentir los mismos dolores que Jesucristo experimentó.

SENTENCIA.

¿QUE LLAGAS SON ÉSTAS? SON TESTIMONIOS DE OBEDIENCIA Y SEÑA-

LES DE LA VOLUNTAD Y DEL PRECEPTO DEL PADRE, QUE NO PERDONÓ Á SU HIJO. *Rupert. Abad in Zach. 14.*

JACULATORIAS.

Quisiera, Jesus mio, morir por vuestro amor ya que vos quereis morir por el mio.

¡O Maria, dadme vuestro corazon para amar á Jesus! ¡o Jesus, dadme vuestro corazon para amar á Maria!



QUINTA ESTACION.

EL CIRENEO.

Contempla, alma mia, en esta

quinta estacion, como es el lugar donde los judios compeliéron á Simon cireneo para que ayudase á llevar al Señor la Cruz, movidos unos de alguna natural humanidad y otros de temor que su Magestad no acabase la vida antes de llegar á quitársela en la misma Cruz porque iba mui desflaquecido y fatigado.

OPRECIMIENTO.

¡O dulcísimo Jesus! fortaleza de los flacos, que quisiste que en persona del cireneo te ayu-

dase á llevar la Cruz para hacerme por éste medio participante de los frutos que están encerrados en éste sagrado Madero: suplicote me concedas gracia para que con fervoroso espíritu me abrace con la cruz de la negacion de mí mismo para gozarme contigo en la Gloria. Amen.

EJEMPLO.

Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris. Diov Pauli 2^a ad Corint. cap. 4.

Trayendo siempre la mortificacion de Jesus en nuestro cuerpo, para que la vida de Jesus se manifieste tambien en nuestros cuerpos.

Seguramente que entre nosotros no se ve tanto fervor ni tanto amor á Jesucristo crucificado, como se vió entre los cristianos de la nueva Iglesia del Japon. Son muchos y admirables los buenos ejemplos que aquellos gentiles recién convertidos á la fé nos dejaron de su tierno amor á la Pasion de Jesucristo, y solo referiré el que nos dejó Santiago Cognaim Faitó, quien habiendo oido predicar, que Jesucristo habia sido llagado en cinco partes principales de su santísimo cuerpo, se sintió espiritualmente animado y como obli-

gado á imitar á su santo Maestro y su piedad le inspiró la siguiente devocion. Era el tiempo de la santa Cuaresma cuando se celebra la dolorosa memoria de la Pasion, y entonces el siervo de Dios, echando mano de un hierro encendido, se abrió cinco llagas; y no contento con hacerlo una sola vez, lo repitió por todos los días de la Cuaresma, y con fervor inimitable abrió así docientas llagas en todo su cuerpo. Fué tan agradable éste obsequio que hizo á las sagradas llagas de Jesucristo, que no quedó sin premio, pues que poco despues le

concedió Dios que el Emperador del Japon le mandase poner en prision ordenado luego que le quitasen la vida; y así tuvo la felicidad de lavar sus vestiduras en la sangre del cordero.

GRACIA.

Aquí, con las mismas palabras de S. Buenaventura, referiré la gracia que éste santo, tan devoto de la Pasion, recibió de las llagas de Jesucristo. "Habiendo entrado con los ojos abiertos en las llagas de N. Señor Jesucristo, me quedaron tan

llenos de sangre, que ya no ví; comencé, como ciego, á andar á tienta hasta que entré en lo interior de sus entrañas, de las cuales me vi tan fuertemente agarrado que ya no pude dar paso atras, por lo que aquí vivo, y cómo de su misma comida, y bebo de su misma bebida; y el consuelo y la dulzura que siento son tan grandes, que no sé, ni puedo explicarlos." Hasta aquí el santo. Favorés éste digno de envidiarse; ¿y cuando el mundo proporciona semejantes dulzuras? ¡O ceguedad mas amable que toda claridad, que

llenando los ojos de lágrimas
 llena el corazón de dulzura! ¡O
 dichosa necesidad que impidiendo
 la salida, dejas libre el alma
 para correr por el inmenso seno
 de aquel amoroso corazón! Dios
 quiera concedernos una dicha
 como ésta.

SENTENCIA.

¡O SEÑOR; MI ALMA DESFALLECE DESEANDO CONSOLARSE EN TUS LLAGAS!

S. Buenaventura.

JACULATORIAS.

¡Dios mío!, cuando mirais las llagas de vuestro Hijo curad las de vuestro siervo.

Mirad, Dios mío, que vuestro Hijo no vá á morir por sus pecados, sino por los míos.



SESTA ESTACION.

LA VERÓNICA.

Contempla, alma mía, en esta sexta estación, como es el lugar donde una piadosa muger, viendo á Jesus tan lastimado, oscurecido el rostro con inmundas salivas y con la sangre y polvo, movida de compasión se quitó un lienzo con que le lim-